

## LA SEÑORITA PEPA

-Enrique, eres un gran artista, no hay duda. Este es el propio retrato de la solterona Srta. Pepa. Pero no lo vas a mandar, ¿verdad?

-¿Qué no lo voy a mandar? Claro que sí. Le vamos a pagar a la amable Srta. Pepa su mal genio de estos últimos días. Podrá al fin verse ella misma tal como otros la ven, enojada, vieja y fea. Federico ha escrito, además, algunos versos satíricos para acompañar el dibujo.

Al día siguiente, cuando acabaron de cenar y se encendieron las lámparas, pidieron que el padre les contara una historia. El Sr. Lima accedió y empezó así:

-Creo que sucedió en el mes de marzo, en una noche fría y borrascosa. Papá había tenido que ausentarse repentinamente de la casa, y mamá estaba convaleciente de una larga y grave enfermedad. ¡Qué bien me acuerdo de la partida de papá aquel día! Quise ir con él, como siempre, pues yo era el hijo menor y su predilecto; pero esta vez no hubo caso, papá tenía gran prisa y no podía atenderme. "-Amanda -dijo él, dirigiéndose a una mujer morena que era la sirvienta de mamá-, cuida bien a tu patrona y no permitas que estos chicos la molesten. Pepa -dijo dirigiéndose a la joven niñera de mejillas rosadas-, dejo a los niñitos en sus manos y estoy seguro de que estarán bien cuidados. Adiós a todos -y en un momento papá estaba en la verja.

"Al llegar la noche, la casa nos parecía muy solitaria sin papá; y el oír silbar el viento afuera, mientras estábamos sentados alrededor del fuego, no nos parecía tan agradable como de costumbre. Cuando dieron las ocho, pedimos que nos dejaran quedar sentados un rato más; pero Pepa conocía demasiado bien los deseos de papá al respecto y nos hizo ir a nuestras habitaciones, aunque ella hubiera querido que nos quedáramos. El tío Timoteo Arnaldo había venido para pasar la noche con Jorge, mi compañero de dormitorio; así que se decidió que yo durmiera solo, en un cuartito a la entrada de la escalera, al que llamábamos generalmente el 'dormitorio del vestíbulo'.

"Esa noche fui despertado súbitamente por un ruido producido por la caída de algún cuerpo pesado, acompañado por un grito; y en mi aturdimiento mis oídos parecieron llenarse de un ruido crepitante e impetuoso, muy diferente del rugido del viento, y mi cuarto se iluminó de tal manera que todos los objetos se podían distinguir bien. Mi primera emoción fue la del miedo; pero luego tuve la convicción de que había amanecido, y saltando de la cama empecé a vestirme, cuando súbitamente una cantidad de humo penetró en mi cuarto, ahogándome y aturdiéndome de tal manera que caí al suelo en estado inconsciente.

-¿Se había incendiado la casa, papá? -preguntó Carlitos con ansiedad.

-Sí, hijitos, la casa se había incendiado. Era de madera y tan vieja y reseca que ardía como papel, y el viento fuerte, soplando y chillando entre los aleros y las chimeneas de la casa, avivaba la loca furia de las llamas y contribuía a apresurar su obra destructora.

"Las sirvientas, como locas, corrían de cuarto en cuarto, presas del terror, arrastrando de sus camas a los niños que dormían, y llevándolos a un lugar seguro. Mi pobre madre enferma, en su debilidad, se retorció las manos y rogaba que la dejaran hasta que cada niño hubiera sido llevado a un lugar seguro y alejado de la casa incendiada; y solamente cuando estuvo segura de que sus hijos estaban a salvo, consintió en ser llevada por manos caritativas que habían venido a rescatarla.

"-Todos están bien, Sra. Lima; cada uno de ellos -dijo un bondadoso granjero que había ayudado a sacarla- Son siete, cuatro niños y tres niñas. Mi esposa y yo los contamos.

"Los niños habían sido contados una docena de veces por lo menos, pero Pepa, para estar completamente segura y no tener dudas, empezó a contarlos una vez más: 'Tomás, Ricardo, ¿están aquí? ¿Y dónde está... oh, dónde está Jaime?' --empezó a exclamar Pepa mientras se dirigía a la casa incendiada

- '¡Socorro, socorro, Jaime está en el dormitorio del vestíbulo! ¿Quién podrá salvarlo?'

"Dos o tres hombres se adelantaron para salvarlo, pero retrocedieron espantados, y acordándose de sus esposas e hijos rehusaron lanzarse al peligro.

- ¿Nadie quiere ir? ¿Nadie quiere salvar a mi Jaime? -exclamaba la pobre joven, retorciéndose las manos- ¡Jaime querido, te dejaron a mi cuidado!

"Luego, arrojándose con una frazada, la heroica joven eludió las manos de los que le querían impedir avanzar hacia lo que parecía una muerte segura y penetró en la casa, subió corriendo la escalera que ardía, entró en el cuarto donde yo yacía, y en menos tiempo del que empleo en contarlo, había tomado mi

cuerpo inconsciente, me había envuelto con la frazada y bajado las escaleras ardientes para llegar adonde había aire respirable, en el preciso momento en que la escalera se derrumbaba estrepitosamente.

"No faltó quienes la aliviaran de mi peso, ni manos ávidas que le arrebataran la ardiente frazada que llevaba puesta. Pero el esfuerzo había sido demasiado grande para ella; y además, quemada por el fuego, y aturdida por el humo, apenas había traspuesto el umbral, cuando cayó de cabeza, golpeándose la cara sobre un raspador de hierro, causándose así una horrible herida".

-¿Se hizo mucho daño, papá? -Preguntó Rosita, con sus ojos llenos de lágrimas.

-Sí, querida, Pepa se hizo mucho y lamentable daño. Pasaron muchos meses antes de que estuviera sana de esa herida, de sus quemaduras y del terrible ataque nervioso que sufrió. Verdaderamente jamás volvió a parecer la joven alegre y jovial que había sido antes.

-Seguramente abuelito la habrá recompensado como lo merecía -dijo Enrique.

-No era fácil hacerlo -respondió el Sr. Lima-, pues ella nos había prestado servicios que el dinero no podía pagar. Pero papá hizo lo que pudo. Tuvimos mucho deseo de darle una buena educación, pues ella lo deseaba tanto y tenía aptitudes para el estudio; pero pareció bien a la Providencia intervenir. La muerte de su madre, ocurrida poco después del incendio de nuestra casa, le dejó la doble tarea de cuidar de su padre inválido y de un hermano menor; y nadie pudo persuadirla de que los dejase al cuidado de otra persona, pues ella había prometido a su moribunda madre cuidar de ellos. Así, dedicó los mejores años de su vida a su padre inválido, rechazando por lo menos dos buenas ofertas de matrimonio a causa de él; y desde la muerte de éste ha tenido muy poco consuelo y felicidad, debido a la mala conducta de su hermano, que, de un muchachito inteligente y hermoso, se ha convertido en un libertino que malgasta el dinero y lleva una vida muy miserable. Ella dice que no puede echarlo porque es un legado que le ha dejado su muy querida madre. Además, piensa que quizás la enseñanza que le ha dado, demasiado condescendiente, ha contribuido para que él sea lo que es. Por lo tanto, lo soporta, sufre sus excesos, y paga sus deudas. ¿Es pues de admirarse, niños, que bajo todas estas dificultades, su temperamento se haya alterado y toda la dulzura parezca haber desaparecido de su carácter? Hay mucha gente que la cree arisca y de mal genio, pero hay sólo unos pocos que saben qué corazón abnegado, bueno y noble posee Pepa Gómez.

-¡Pepa Gómez! -exclamó Enrique, poniéndose de pie y sonrojándose hasta más no poder.

-¡Pepa Gómez! -repitió Carlos- ¿Qué? ¿Esa vieja malhumorada que tiene un bazar en la calle Oeste?

-Esa misma -dijo el Sr. Lima. -y ahora que saben que le debo la vida, tratarán de ser bondadosos con ella y de hablarle amablemente de vez en cuando.

-Oh, ya lo creo -exclamó Rosa.

-Claro que sí -dijo Carlitos-, si ella nos da la ocasión.

Pero Enrique no dijo nada. Con su corazón lleno de pesar, vergüenza y remordimiento, quedó sentado, con la cabeza inclinada entre las manos. Más tarde, al anochecer, entró en la biblioteca de su padre, y derramó su corazón confesando su mal proceder. El Sr. Lima comprendió que Enrique estaba profundamente arrepentido y suficientemente castigado.

-Me alegro, Enrique -le dijo su padre-, de que sientas pesar por todo el mal que has hecho. Pero, mi querido hijo, quisiera que reconocieses que no solamente deberías sentir pesar porque una vez Pepa Gómez le salvó la vida a tu padre; sino que, aunque ella no fuera para nosotros más que cualquier otra persona, siempre deberías tratarla con respeto. No solamente has insultado a una mujer, sino que tú y Federico han tratado a una anciana con desprecio.

-Lo sé, papá -replicó Enrique con la mayor humildad-, y no sé qué hacer para borrar mi enorme falta.

-Afortunadamente, Enrique, puedo ayudarte hasta cierto punto, -añadió el Sr. Lima, sonriendo, y poniendo ante los ojos absortos de Enrique la caricatura que éste había hecho de la Srta. Pepa.

-¡Pero, papá! -exclamó Enrique-, ¿cómo, de dónde...?

-Descubrí, hijo mío, a tiempo, lo que se proponían hacer, e impedí que se efectuara; y esta noche, en vez de estar angustiada y colérica por la conducta irrespetuosa de dos niños irreflexivos, la Srta. Pepa se regocija con un billete de 100 pesos que le he enviado con todo mi agradecimiento.

-¡Oh, papá, qué contento me siento! ¿Y cómo te podré agradecer debidamente?

-Demostrándome, Enrique, que procurarás ser más juicioso con los sentimientos de otros y que resolverás, en adelante, conducirte como un verdadero caballero.

Mi relato se ha prolongado mucho, y sólo tengo que agregar que cuando Enrique contó a Federico el resultado que había tenido el regalo que se proponía hacer a la Srta. Pepa, éste se alegró tanto como él, y al acercarse al Sr. Lima y expresarle sus sentimientos y su gratitud en términos de cuya sinceridad no se podía dudar, ese caballero reconoció que ambos niños habían recibido una lección valiosa e imperecedera acerca del regalo de Pepa Gómez.-Escogido.